

Margens secas da
cidade/ Márgenes
secas de la ciudad

Milton Hatoum

A VOZ DO HOMEM LEMBRAVA um canto matinal, era uma surpresa na luz do amanhecer, quando começava a infância: rio de horizonte sem fim, quintais de sobrados antigos, praças arborizadas que sombreavam a cidade, um porto imenso que mitigava o isolamento e a nossa solidão no equador.

O homem carregava um tabuleiro pesado, o rosto dele sumia no meio de galhos, de frutas arrancadas das árvores de algum quintal, ou da floresta que nos cercava. Um homem-árvore, um ser da floresta na cidade.

Como era distante e tão próxima de nós, a floresta. Na minha memória esse vendedor ambulante era um fauno de Manaus. Hoje eu o imagino como uma das figuras fantásticas de Arcimboldo: um caboclo equilibrando-se em ruas de pedras, um pomar suspenso oscilando sobre a cabeça invisível, a voz trinando sons de palavras que me encantavam, como a serpente atraída pelo som de uma flauta. Nenhum travo de raiva ou desespero, apenas a melodia de um homem humilde que deseja viver, ou depende da voz para sobreviver. Eu corria para a varanda da sala e avistava o arbusto humano carregado de frutas e ouvia as palavras taperebá, sorva, tucumã, graviola, jatobá, cupuaçu, bacaba, ingá: palavras (sons) que nunca mais deixei de ouvir por onde andei e morei.

Quando ele apareceu em Lima, pensei nas voltas que havia dado para alcançar o Pacífico, e quando estendi a mão para apanhar uma fruta ele riu, curvou o corpo e me ofereceu o pomar inteiro. Então acordei naquela manhã fria de 1990 e fiquei pensando no sonho com o homem-floresta na praia de Callao.

Na realidade – na vida que chamamos realidade –, ele sempre aparecia quando eu regressava para Manaus, não sei se o via mais velho, ou mais trôpego e corcunda, sei que a voz flauteava nomes de frutas e a mesma voz dizia E aí, mano?, me oferecendo uma graviola, sem mesmo receber dinheiro, como se eu ainda fosse aquela criança na varanda da casa da avenida Joaquim Nabuco, e ele um avô da natureza.

Não sabia nada do homem, nem o nome. A árvore móvel atravessava a

cidade e creio que atravessou minha vida, teimando em sobreviver com a cabeça vegetal e os pés de raízes aéreas: as frutas penduradas em folhas verdes, como se um punhado da Amazônia flutuasse entre carros, caminhões e ônibus até o dia em que ele, o homem-árvore, se tornasse uma espécie de natureza viva na cidade que se destruía ou se deixava destruir pelo progresso que é apenas caricatura feia do progresso.

Como é possível perder a razão de ser?

Você não ouve mais o som flauteado, não vê mais a árvore da vida, não encontra os indícios da manhã da infância. Aquela árvore e seu tronco foram se atrofiando, a aspereza da cidade usurpou o fauno do nosso convívio, tudo se tornou enorme e disforme.

O tempo nos consome com lentidão. O homem-árvore foi desfolhando, perdendo galhos, esvaziado de força e seiva; as frutas, antes polidas, perderam o brilho e a beleza, alguma praga roeu o arbusto. O sol incendiou ruas e calçadas, a floresta que nos cercava tornou-se um caos de casebres e palafitas, os pequenos caminhos de água secaram.

Há dois anos vi o homem-árvore e agora o perdi de vista.

Por onde andam seus pés descalços, seu turbante de pano barato, sua voz de flauta doce? Já não sinto o cheiro perfumado do sapoti, nem o sabor do jambo arroxeadado, cuja semente algum português do Algarve trouxe da Índia e plantou no Amazonas. E, sem querer, o acaso nos conduz ao coração da realidade.

Fui me despedir do igarapé agora aterrado, as palafitas pobres substituídas por casas feias, sem varanda, paredes quase cegas, rasgadas por janelas pequenas. Andava por ruas de terra quando vi um tabuleiro no chão. Frutas miúdas, pálidas, espalhadas na madeira apodrecida. O homem estava sentado ao lado de sua árvore desfolhada. Esquálido, o olhar no chão. Escolhi uma fruta, e dessa vez paguei.

Ele ainda se lembrava do menino que o olhava como quem olha um mágico?

Esperei um aceno, um cumprimento qualquer, mas no olhar dele não havia nada. Triste e sem voz, parado no mormaço: sobrevivente que a morte espreita nas margens secas da minha cidade.

* * *

LA VOZ DEL HOMBRE RECORDABA un canto matinal, era una sorpresa en la luz del amanecer, cuando comenzaba la infancia: un río de horizonte sin fin, patios de casas antiguas, plazas arboladas que daban sombra a la ciudad, un puerto inmenso que mitigaba el aislamiento y nuestra soledad en el ecuador.

El hombre cargaba una bandeja pesada, su rostro desaparecía en medio de las ramas, de las frutas arrancadas de los árboles de algún patio, o de la selva que nos cercaba. Un hombre-árbol, un ser de la selva en la ciudad.

Cómo la selva estaba lejos y a la vez tan cerca de nosotros. En mi memoria ese vendedor ambulante era un fauno de Manaos. Ahora lo imagino como una de las figuras fantásticas de Arcimboldo: un mestizo que se equilibraba en calles de piedras, un huerto suspenso que oscilaba sobre la cabeza invisible, la voz que trinaba sonidos de palabras que me encantaban, como la serpiente atraída por el sonido de una flauta.

Ninguna marca de rabia o de desesperación, sólo la melodía de un hombre humilde que desea vivir, o que depende de la voz para sobrevivir. Yo corría hacia el balcón de la sala y divisaba el arbusto humano cargado de frutas y oía las palabras: jobos, serbas, tucumas, graviolas, yatobás, cupuazú, sejitos, guabos; palabras (sonidos) que nunca más dejé de oír ni donde viví ni por donde anduve.

Cuando apareció en Lima, pensé en las vueltas que había dado para llegar al Pacífico, y cuando extendí la mano para agarrar una fruta, se río, curvó el cuerpo y me ofreció el huerto entero. Entonces me desperté aquella mañana fría de 1990 y me quedé pensando en el sueño con el hombre-selva en la playa del Callao.

En la realidad – en la vida que llamamos realidad –, él siempre aparecía cuando yo volvía a Manaus, no sé si lo veía más viejo, o más torpe y jorobado, sé que la voz cantaba nombres de frutas y la misma voz decía ¿Cómo va, mano?, ofreciéndome una graviola, sin siquiera recibir dinero, como si yo aún fuese aquel niño en el balcón de la casa de la avenida Joaquim Nabuco, y él, un abuelo de la naturaleza.

No sabía nada ni del hombre, ni del nombre. El árbol móvil atravesaba la ciudad y creo que atravesó mi vida, empecinado en sobrevivir con la cabeza vegetal y los pies de raíces aéreas: las frutas colgadas en hojas verdes, como sin un puñado de la Amazonia flotase entre autos, camiones y ómnibus hasta el día en que él, el hombre-árbol, se volviese una especie de naturaleza viva en la ciudad que se destruía, o se dejaba destruir por el progreso que es sólo una caricatura fea del progreso.

¿Cómo es posible perder la razón de ser?

Uno no escucha más el sonido aflautado, no ve más el árbol de la vida, no encuentra los indicios de la mañana de la infancia. Aquel árbol y su tronco se fueron atrofiando, la aspereza de la ciudad usurpó al fauno de nuestra convivencia, todo se volvió gigante y deforme.

El tiempo nos consume con lentitud. El hombre-árbol fue deshojándose, perdiendo las ramas, vaciado de fuerza y savia; las frutas, antes enceradas, perdieron el brillo y la belleza, alguna plaga carcomió el arbusto. El sol incendió calles y veredas, la selva que nos cercaba se volvió un caos de ranchos y palafitos, los pequeños caminos de agua se secaron.

Hace dos años vi al hombre-árbol y ahora lo perdí de vista.

¿Por dónde andan sus pies descalzos, su turbante de tela barata, su voz de flauta dulce? Ya no siento el olor perfumado de los nísperos, ni el sabor de los yambos morados, cuyas semillas trajo de la India algún portugués del Algarve y las plantó en el Amazonas. Y, sin querer, el azar nos conduce al corazón de la realidad.

Fui a despedirme del igarapé, ahora aterrado; los palafitos pobres, reemplazados por casas feas, sin balcón, paredes casi ciegas, rasgadas por pequeñas ventanas. Andaba por calles de tierra cuando vi una bandeja en el piso. Frutas menudas, pálidas, desparramadas en la madera podrida. El hombre estaba sentado al lado de su árbol deshojado. Escualido, con la mirada en el piso. Elegí una fruta y, esa vez, la pagué.

¿Se acordaba aún del niño que lo miraba como quien mira a un mago? Esperé un gesto, algún saludo, pero en su mirada no había nada. Triste y sin voz, quieto en el bochorno: sobreviviente que la muerte acecha en las márgenes secas de mi ciudad.

Traducción: Adriana Kanzepolsky